



PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**DORIS  
LESSING**

**El quinto  
hijo**

Harriet y David se aman, se casan y se preparan a envejecer apaciblemente al amparo de un hogar y unos hijos felices. Sin embargo, el embarazo de Harriet y la espera de su quinto hijo introduce una nota de desasosiego en la familia.

El bebé se mueve en las entrañas de Harriet demasiado pronto y con demasiada violencia. Después de un parto difícil, el niño se desarrolla de forma inusual y se convierte en un extraño para los hermanos, que lo evitan: la paz que David y Harriet habían cultivado con tanto esmero se diluye así en una atmósfera tensa donde hijos y padres revelan el lado oculto de su personalidad.

Doris Lessing, mujer atenta a los trabajos de la mente y del alma, nos propone en esta ocasión un "retrato de familia" insólito que mucho nos dice de la insolidaridad humana.

Harriet y David se conocieron en una fiesta de empresa a la que ninguno de los dos había ido con gran entusiasmo; y ambos supieron de inmediato que aquello era lo que habían estado esperando. Una persona conservadora, anticuada, por no decir pasada; timorata, exigente... ésta era la opinión que tenía la gente de ellos, aunque eran infinitos los calificativos despectivos que les aplicaban. Ambos defendían una opinión tercamente fija de sí mismos, la de que eran personas corrientes y que hacían muy bien siéndolo y nadie tenía por qué criticarlos por ser emocionalmente escrupulosos y sobrios, sólo porque estas cualidades no estaban de moda.

Asistieron a esta famosa fiesta unas doscientas personas muy apiñadas en una habitación grande, solemne, engalanada, que durante trescientos treinta y cuatro días al año era sala de juntas. Celebraban la fiesta de fin de año tres empresas asociadas, relacionadas con la construcción de edificios.

Todo era bullicio. El ritmo machacón de una pequeña orquesta estremecía las paredes y el suelo. Casi todos los asistentes bailaban, apretados en el reducido espacio; las parejas saltaban o daban vueltas sobre un mismo punto como si estuvieran en plataformas giratorias invisibles. Las mujeres iban de punta en blanco, teatrales, estrafalarias, llenas de color: ¡*Miradme!* ¡*Miradme!* Algunos hombres exigían la misma atención. Los pocos que no bailaban estaban pegados a la pared; entre ellos se contaban Harriet y David, solos ambos, con una copa en la mano los dos, observando... Ambos se habían hecho la reflexión de que los

rostros de los que bailaban, los de las mujeres más que los de los hombres, pero también los de los hombres, lo mismo podrían estar crispados por gritos de dolor que contorsionados por el gozo. Una agitación forzada impregnaba la escena... Pero ni David ni Harriet esperaban compartir con alguien estas ni otras muchas consideraciones que se hacían.

Desde el otro extremo de la sala, si es que uno podía distinguirla entre tantas personas llamativas, Harriet era una mancha color pastel. Parecía una chica fundida en el entorno, como en un cuadro impresionista o por obra de un truco fotográfico. Estaba junto a un gran jarrón de hojas y plantas secas y llevaba un vestido estampado de flores. Fijándose bien, podía distinguirse su cabello oscuro rizado, anticuado, los ojos azules, suaves, pensativos... y los labios, tal vez demasiado apretados. En realidad, todos sus rasgos eran regulares y firmes y poseía una sólida constitución. Una mujer joven saludable, pero, ¿no se sentiría más a gusto en un jardín?

David llevaba una hora clavado en el mismo sitio, bebiendo con cierta prudencia, observando tranquilamente con sus ojos grisazulados de expresión seria a esta persona, a aquella pareja, fijándose en cómo se unía y se separaba la gente, como si rebotaran unos en otros. Harriet pensó que David no tenía aspecto de persona firmemente asentada, casi parecía vacilar, balanceándose sobre las plantas de los pies. Un joven menudo (aparentaba menos años de los que tenía), de rostro redondo y franco y suave cabello castaño por el que las chicas deseaban pasar los dedos; pero aquella mirada suya fija y contemplativa imponía y las hacía desistir. Las hacía sentirse incómodas. A Harriet no. Ella vio en aquella expresión de distanciamiento vigilante un reflejo de la suya propia. Su aire festivo le pareció forzado.

Él estaba haciéndose mentalmente las mismas consideraciones sobre ella: parecía que le desagradaran aquellas fiestas tanto como a él. Ambos habían descubierto quién

era el otro. Harriet trabajaba en el departamento de ventas de una empresa que diseñaba y suministraba materiales de construcción; David era arquitecto.

¿Pero qué tenían aquellas dos personas que las hiciera tan extrañas y raras? ¿Su actitud hacia el sexo! ¡Hablamos de los años sesenta! David había tenido una relación larga y complicada con una chica de la que se enamoró a su pesar: era justamente el tipo de chica que él *no* quería. Bromeaban sobre la atracción de los contrarios. Ella le decía que pensaba reformarla: «¡Creo que *tú* te imaginas que vas a retrasar el reloj, empezando conmigo!» David calculaba que desde que habían roto, bastante desdichadamente, ella se había acostado con todo el personal de Sissons Blend & Co. No le extrañaría que con las chicas también. Y había ido a la fiesta; allí estaba, con un vestido rojo con encaje negro, una ingeniosa parodia de traje flamenco. Su cabeza emergía asombrosamente de aquel batiburrillo. Era puros años veinte: llevaba el pelo negro liso terminado en una punta por detrás, con dos puntas negras brillantes sobre las orejas y un rizo negro en la frente. Lanzó saludos y besos frenéticos a David desde el otro extremo de la sala, donde giraba con su pareja; él le sonrió cordial, sin resentimiento. En cuanto a Harriet, era virgen. «Virgen *hoy* —gritaban sus amigas—, ¿estás loca?» Ella no se consideraba virgen en el sentido de condición fisiológica que hubiera que defender, sino más bien como una especie de regalo bien envuelto en precioso papel, que entregaría discretamente a la persona adecuada. Hasta sus hermanas se reían de ella. Las chicas de la oficina la miraban con deliberada ironía cuando ella porfiaba: «Lo siento, no me gusta eso de andar por ahí acostándose, no es para mí.» Sabía que constituía un tema de conversación siempre interesante y, en general, criticable. Con el mismo frío desdén que las buenas mujeres de la generación de su abuela habrían empleado para decir: «Es bastante inmoral, sabéis», o «No es como tendría que ser», o «No tiene precisamente fama de virtuosa»; y luego, la ge-

neración de su madre: «La vuelven loca los hombres», o «Es ninfómana»... así comentaban entre ellas las chicas ilustradas modernas: «Pobrecilla, algo tuvo que pasarle en la infancia para que sea así.»

Y en realidad a veces se había sentido desdichada o deficiente de algún modo porque los hombres con los que salía a comer, o al cine, solían considerar su negativa como prueba de un criterio no sólo patológico, sino mezquino. Había salido durante un tiempo con una amiga más joven que las demás, pero luego también ella se había vuelto «como las otras», según su propio comentario, que la definía a la vez a ella como inadaptada. Se pasaba muchas tardes sola y a menudo iba a pasar los fines de semana con su madre. Ésta le decía: «Bueno, sencillamente eres anticuada, eso es todo. Y a muchísimas chicas les gustaría serlo si pudieran.»

Estos dos excéntricos, Harriet y David, dejaron sus respectivos rincones y se encaminaron el uno hacia el otro en el mismo instante (dato éste que sería importante para ellos cuando la famosa fiesta de la empresa pasara a formar parte de su propia historia). «Sí, exactamente al mismo tiempo...» Tuvieron que empujar al pasar a la gente apretujada ya contra las paredes; avanzaron con las copas alzadas sobre la cabeza para impedir que los bailarines se las tiraran. Y así, llegaron al fin a encontrarse, sonriendo (quizá con cierto nerviosismo); él la tomó de la mano y ambos se abrieron paso hasta la habitación contigua, la del buffet, tan llena y estruendosa como la anterior, y salieron al pasillo, donde se veía alguna que otra pareja abrazada; y luego consiguieron abrir la primera puerta cuyo tirador cedió. Era un despacho con un escritorio y sillas duras y también un sofá. Silencio... bueno, casi. Suspiraron. Dejaron las copas. Se sentaron frente a frente, para poder ver todo lo que deseaban ver, y empezaron a hablar. Hablaron como si el hablar les hubiera sido negado a ambos, como si se estuvieran muriendo por hablar. Y siguieron allí sentados, juntos,

hablando, hasta que el bullicio de las salas del otro lado del pasillo empezó a apagarse; y entonces, salieron tranquilamente de allí y fueron al piso de él, que quedaba cerca. Se acostaron, cogidos de la mano, y hablaron, besándose de vez en cuando, y luego se durmieron. Ella se trasladó casi de inmediato al piso de él, dejando su habitación en un piso compartido, que era cuanto había podido permitirse. Ya habían decidido casarse en la primavera. ¿Por qué esperar? Estaban hechos el uno para el otro.

Harriet era la mayor de tres hermanas. Hasta que no dejó el hogar paterno, a los dieciocho años, no supo cuánto debía a su infancia, pues muchas amigas suyas cuyos padres se habían divorciado, llevaron vidas extrañas y azarosas y estaban, como suele decirse, desequilibradas. Harriet no era una persona desequilibrada y siempre había sabido lo que quería. Había sido bastante buena estudiante; había estudiado diseño gráfico en la escuela de arte porque le había parecido una forma agradable de pasar el tiempo hasta que se casara. El problema de ser o no ser una profesional nunca le había quitado el sueño, aunque estaba dispuesta a analizarlo, pues no quería parecer más excéntrica de lo necesario. Su madre era una mujer satisfecha que tenía todo cuanto razonablemente podía desear; así lo creían ella y sus hijas. Los padres de Harriet habían dado por supuesto que la vida familiar era la base de una vida feliz.

La experiencia de David era completamente distinta. Sus padres se habían divorciado cuando él tenía siete años. Bromeaba con demasiada frecuencia diciendo que tenía dos juegos de padres; él había sido uno de esos niños con habitación en dos hogares y todos muy pendientes de los problemas psicológicos. No había habido aspectos desagradables ni rencor, aunque sí mucha incomodidad, sufrimiento incluso... es decir, para los niños. El segundo esposo de su madre, el otro padre de David, era un intelectual, un historiador, y tenía una casa grande y destartalada en Oxford. A David le gustaba aquel hombre, Frederick Burke,

que era amable, aunque distante, como su madre, que era amable y distante. Su verdadero hogar había sido aquella casa... y seguía siéndolo mentalmente todavía, aunque pronto crearía junto con Harriet otro que sería una continuación y ampliación del anterior. Aquel hogar suyo era un amplio dormitorio en la parte de atrás de la casa que daba al descuidado jardín; una habitación destartalada, que contenía su niñez, bastante fría, al estilo inglés. Su verdadero padre volvió a casarse con una mujer de su tipo: una mujer bulliciosa, amable, competente, con ese buen humor cínico de los ricos. James Lovatt era constructor de barcos, y cuando David aceptaba ir a verle, su sitio podía ser tanto el camarote de un yate como una habitación en una villa del sur de Francia o de las Antillas («¡Ésta es tu habitación, David!»). Pero él prefería su vieja habitación de Oxford. Había ido forjándose una fiera exigencia personal de cara al futuro: para sus hijos todo sería distinto. Sabía muy bien lo que quería y el tipo de mujer que necesitaba. Si Harriet había visto su futuro al viejo estilo, que un hombre le entregaría las llaves de su reino y que allí hallaría todo cuanto exigía su naturaleza, y esto como un derecho innato, algo hacia lo que ella (primero sin saberlo y luego con toda resolución) había estado avanzando, rechazando cualquier embrollo y drama, él concebía el suyo como algo que tenía que proteger y por lo que tenía que luchar. En esto su esposa debía de ser como él: tenía que saber en qué estriba la felicidad y cómo conservarla. David tenía treinta años cuando conoció a Harriet y había estado trabajando de la forma disciplinada y tenaz del individuo ambicioso: pero él trabajaba por un hogar.

Era imposible encontrar en Londres el tipo de casa que ellos querían, para el tipo de vida que deseaban. De todos modos, no estaban seguros de que Londres fuera lo que necesitaban... no, no lo era, era mejor un pueblecito, con su ambiente propio. Dedicaron los fines de semana a visitar los pueblecitos próximos a Londres y no tardaron en en-



contrar una gran casa victoriana que se alzaba en un jardín cubierto de maleza. ¡Perfecto! Claro que para una pareja joven era absurdo; era una casa de tres plantas, con desván y un montón de habitaciones, pasillos, rellanos... Espacio abundante para los niños, en realidad.

Pero ellos querían tener muchos hijos. Ambos habían proclamado, un tanto desafiantes por la enormidad de lo que le pedían al futuro, que «no les importaría» tener muchos hijos. «Hasta cuatro o cinco...» «O seis», dijo David. «¡O seis!», dijo Harriet, riéndose aliviada hasta que se le saltaron las lágrimas. Y se habían reído y habían rodado por la cama y se habían besado y estaban entusiasmados porque resultaba que precisamente en aquel asunto, en el que ambos habían esperado rechazo, e incluso se habían preparado para aceptarlo o para tener que llegar a un compromiso, resultaba que no había ningún problema. Pero aunque Harriet podía decírselo a David, y David a Harriet («Seis niños por lo menos») no se lo podían decir a nadie más. Aun con el sueldo bastante decente de David, más el de Harriet, la hipoteca de aquella casa no estaba a su alcance. Pero ya se arreglarían. Ella trabajaría dos años, iría todos los días con David a Londres, y luego...

La tarde en que compraron la casa, se quedaron parados cogidos de la mano en el pequeño porche; los pájaros cantaban en el jardín, las ramas estaban oscuras y brillantes aún por la fría lluvia de principios de primavera. El corazón les brincaba de dicha cuando abrieron su puerta principal y se encontraron en una estancia muy grande que daba a unas escaleras amplias. Algún propietario anterior había tenido la misma idea de hogar que ellos. Habían tirado los tabiques para que aquella habitación ocupara casi toda la planta baja. La mitad correspondía a la cocina, separada del resto sólo por un tabique bajo que serviría para poner libros; la otra mitad era una estancia muy espaciosa, con cabida para sofás, butacas, y toda la comodidad y el bienestar de un salón para la familia. Siguieron suave, delicada-

mente, casi sin respirar, sonriendo y mirándose y riéndose aún más porque los dos tenían lágrimas en los ojos... caminando sobre la madera desnuda que estaría muy pronto cubierta de alfombras, y subieron luego despacio las escaleras con varillas de latón para la alfombra. En el rellano, se volvieron a admirar maravillados aquella gran estancia que sería el corazón de su reino. Siguieron subiendo. La primera planta tenía un dormitorio grande (el suyo), que daba a una habitación más pequeña, que se reservaría para el bebé de la casa. En la misma planta había otras cuatro habitaciones bastante espaciosas. Subieron por otro tramo de escaleras, más estrechas pero suficientemente amplias, a la planta siguiente, que tenía cuatro habitaciones, por cuyas ventanas, como por las de abajo, se veían árboles, huertos, prados... todas las vistas de una agradable zona suburbana. Y sobre aquella planta había un desván enorme, perfecto para cuando los niños llegaran a la edad de los juegos mágicos secretos.

Bajaron despacio las escaleras, un tramo, dos, pasando habitaciones y habitaciones, imaginándolas llenas de niños, de parientes, de invitados; y llegaron de nuevo a su dormitorio. Habían dejado en él una cama grande. Una cama hecha de encargo para la pareja a la que le habían comprado la casa. El agente les había explicado que para sacarla habrían tenido que desmontarla, y que, además, los propietarios de la cama se iban a ir a vivir al extranjero. David y Harriet se echaron en ella y contemplaron su habitación. Guardaron silencio, sobrecogidos por lo que estaban asumiendo. Las sombras de un lilo con el sol de lluvia detrás parecían bosquejar seductoramente en los amplios espacios del techo los años que vivirían en aquella casa. Volvieron la cabeza hacia las ventanas, donde la copa del viejo lilo mostraba sus vigorosos capullos que no tardarían en abrirse. Luego se miraron. Y vieron cada uno las lágrimas del otro rodarle por las mejillas. Hicieron el amor, allí, en su cama. Harriet estuvo a punto de gritar «¡No, para! ¿Qué estamos ha-

ciendo?». ¿No habían decidido acaso esperar dos años para tener hijos? Pero se sintió abrumada por la resolución de él... sí, eso era, él le hacía el amor con una intensidad tan deliberada, concentrada, mirándola a los ojos, que la obligó a aceptarle, a aceptar que tomara en ella posesión del futuro. Harriet no tenía anticonceptivos. (Por supuesto, ambos desconfiaban de la píldora.) Ella estaba en el período de máxima fertilidad. Pero hicieron el amor. Y lo hicieron con deliberación solemne. Una vez. Dos. Y luego, cuando la habitación ya estaba a oscuras, volvieron a hacerlo.

—*Bien* —dijo Harriet, en voz baja, pues estaba asustada y decidida a no demostrarlo—, bien, ya está hecho, estoy segura.

Él se echó a reír. Una risa fuerte, desconsiderada, sin escrúpulos, totalmente impropia del modesto, alegre y sensato David. La habitación, completamente a oscuras ya, parecía ahora inmensa, como una caverna negra sin fin. Les llegaba próximo el roce de una rama en el muro. Oía a tierra mojada fría y a sexo. David estaba echado riendo para sí, y cuando sintió que le miraba, volvió ligeramente la cabeza y su sonrisa la incluyó también a ella. Pero en sus propios términos; le brillaban los ojos con pensamientos que ella no podía adivinar. Tuvo la sensación de que no le conocía...

—David —se apresuró a decir, para romper el hechizo; pero él la estrechó con un brazo y le sujetó el antebrazo con una mano cuya fuerza e insistencia la extrañó. Aquel apretón quería decir: calla.

Permanecieron así juntos, echados, mientras la normalidad volvía lentamente; y luego pudieron al fin volverse de frente, e intercambiar tranquilizadores besos diurnos. Se levantaron y se vistieron en la fría oscuridad (todavía no habían conectado la luz). Bajaron en silencio las escaleras de su casa, de la que ya habían tomado posesión absoluta, hasta el gran salón familiar, y salieron al jardín, que se mantenía secreto y misterioso, ajeno aún a ellos.

—¿Bien? —dijo Harriet irónicamente cuando subían al coche de David para regresar a Londres—. ¿Y cómo vamos a pagarlo todo ahora si quedo embarazada?

Exacto. ¿Cómo? Harriet quedó realmente embarazada aquella tarde lluviosa en su dormitorio. Pasaron muy malos ratos pensando en la escasez de sus recursos y en su propia flaqueza. Pues en esos momentos, cuando la base material no es suficiente, es como si nos estuvieran juzgando: Harriet y David se consideraban pobres e ineptos, sin nada a que aferrarse más que a las tercas ideas que los demás habían considerado siempre erróneas.

David nunca había aceptado dinero de su acaudalado padre y de su madrastra, que se habían limitado a pagarle los estudios (como a su hermana Deborah; pero ella había preferido el estilo de vida de su padre, igual que él había preferido el de su madre, y por eso los hermanos se habían visto poco y la diferencia entre ellos se resumía para él precisamente en que ella había elegido la vida de los ricos). No quería pedir dinero. Sus padres ingleses (así consideraba ahora a su madre y su marido) tenían poco dinero, pues eran intelectuales sin ambiciones.

Una tarde, estaban los cuatro (David y Harriet, Molly, la madre de David, y Frederick) en el salón junto a las escaleras examinando los nuevos dominios. Ahora en la parte de la cocina había ya una gran mesa, con espacio suficiente para quince o veinte personas. Había también un par de sofás inmensos y unos amplios sillones comprados de segunda mano en una subasta local. David y Harriet estaban de pie uno junto al otro; comparados con aquellas dos personas mayores que les juzgaban, se sentían todavía más ridículamente excéntricos y demasiado jóvenes. Frederick y Molly eran grandes y desgarrados, con cabello canoso abundante, vestían ropa cómoda que menospreciaba complaciente la moda. Parecían benévolo almiare pero *no* se miraban uno a otro de aquel modo que David conocía tan bien.

—Bueno, está bien —dijo jocosamente, sin poder aguantar ya la tensión—, podéis decirlo.

Y rodeó con un brazo a Harriet, que estaba pálida y tensa por las náuseas matinales y porque se había pasado la semana fregando suelos y limpiando cristales.

—¿Vais a montar un hotel? —inquirió razonablemente Frederick, decidido a no emitir juicios.

—¿Cuántos niños pensáis tener? —preguntó Molly, con una risilla que indicaba que no tenía sentido protestar.

—Muchos —dijo suavemente David.

—Sí —dijo Harriet—. Sí.

Ella realmente no se daba cuenta como David de lo contrariados que estaban aquellos dos padres.

Como todos los de su clase, pese a su apariencia de inconformismo, en realidad eran la esencia misma de lo convencional y detestaban cualquier muestra de exageración, de exceso. Y la casa lo era.

—Vamos, os invitaremos a cenar, si es que hay un hotel decente —dijo la madre de David.

Durante la cena, hablaron de otros temas hasta que, mientras tomaban café, Molly comentó:

—Supongo que te das cuenta de que tendrás que pedir ayuda a tu padre...

David hizo una mueca de disgusto; pero tenía que afrontarlo: lo importante era la casa y la vida que se viviría en ella.

Una vida que (ambos padres lo supieron por la expresión resuelta de David, que les pareció llena de fatuidad juvenil) anularía, exculparía y compensaría todas las deficiencias de la vida de ellos, de Molly y de Frederick; y también de la de James y Jessica.

Cuando se despidieron en el oscuro aparcamiento del hotel, Frederick dijo:

—Desde luego me parece que estáis los dos bastante locos. En fin, digamos que, como mínimo, creo que os equivocáis.

—Sí —dijo Molly—. En realidad no lo habéis pensado bien. Hijos... quien no los haya tenido no puede saber el trabajo que dan.

David se echó a reír e hizo un comentario (un viejo comentario, que Molly reconoció y afrontó con una risa intencionada).

—Tú no eres maternal, madre —dijo David—. No lo eres. En cambio, Harriet es maternal por naturaleza.

—Muy bien —dijo Molly—. Al fin y al cabo, se trata de vuestra vida.

Llamó por teléfono a James, su primer marido, que estaba en un yate cerca de la isla de Wight. Su conversación terminó así:

—Creo que tienes que venir y verlo por ti mismo.

—Muy bien, lo haré —dijo él, aceptando tanto lo que no se había dicho como lo que sí. Su dificultad para seguir los lenguajes no expresos de su esposa había sido la razón principal de que le hubiera complacido dejarla.

Poco después de esta conversación, David y Harriet estaban de nuevo viendo la casa con los padres de David (con los otros). Esta vez desde fuera. Jessica, plantada en medio del prado, cubierto aún de la broza leñosa del invierno y de una primavera ventosa, inspeccionaba crítica la casa. Le parecía lóbrega y detestable, como la propia Inglaterra. Jessica tenía la misma edad que Molly y parecía veinte años más joven; era delgada y morena y el cutis le brillaba siempre como si acabara de darse una loción solar aunque no se la hubiera dado. Tenía el cabello amarillo y corto y brillante y vestía ropas de colores vivos. Con los tacones de unos zapatos verde jade clavados en la hierba, miraba a su marido, James.

Él, que ya había visto la casa, dijo exactamente lo que David esperaba que dijera:

—Es una buena inversión.

—Sí —dijo David.

—Y el precio no es excesivo. Tal vez porque resulta demasiado grande para la mayoría de la gente. Supongo que el informe del técnico fue positivo, ¿no?

—Sí —dijo David.

—En tal caso me haré cargo de la hipoteca. ¿En cuanto tiempo hay que pagarla?

—En treinta años —dijo David.

—Para entonces ya me habré muerto, supongo. Bueno, no os di mucho de regalo de boda.

—Tendrás que hacer lo mismo por Deborah —dijo Jessica.

—Ya hemos hecho mucho más por Deborah que por David —dijo James—. De todos modos, podemos permitirnoslo.

Ella se echó a reír y se encogió de hombros; gran parte del dinero era suyo. Esta desenvoltura con el dinero caracterizaba su vida en común, que David había probado y rechazado furioso, prefiriendo la frugalidad de la casa de Oxford (aunque nunca lo había dicho en voz alta). Ostentosa y demasiado fácil, así era la vida de los ricos; pero ahora tendría que estarles agradecido.

—¿Y cuántos chicos pensáis tener, si se me permite la pregunta? —inquirió Jessica, que parecía un periquito allí de pie sobre la hierba húmeda.

—Muchos —dijo David.

—Muchos —dijo Harriet.

—Pues mejor vosotros que yo —dijo Jessica; y con esto, los otros padres de David abandonaron con alivio el jardín y también Inglaterra.

Luego entró en escena Dorothy, la madre de Harriet. Ni a Harriet ni a David se les ocurría pensar ni decir: «Santo cielo, qué espanto tener a tu madre siempre alrededor»; porque si habían elegido la vida familiar, resultaba que Dorothy debía quedarse por tiempo indefinido para ayudar a Harriet, aunque insistiendo en que tenía una vida propia a la que había de volver. Dorothy era viuda, y esta vida suya